

El canon literario y las estelas de la lectura

DAVID GARCÍA PÉREZ

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS, UNAM

Cuando se piensa en el origen del canon literario en Occidente, en su cómo y para qué, puede resultar un tanto inverosímil, en primera instancia, tener en consideración *Las Ranas*, una comedia de Aristófanes (444-385 a. C.). Pero por curioso que parezca es en esta pieza teatral donde se encuentra por primera vez de modo amplio y bien definido un testimonio que juzgó el arte de la poesía, de la tragedia en particular, y con ello el poeta cómico estableció el canon de los tres trágicos: Esquilo Sófocles y Eurípides, además de indicarnos las razones de ello. En efecto, en el 405 a. C. muere Sófocles, un año antes había fallecido Eurípides, y enseguida Aristófanes rindió un homenaje a estos poetas en las fiestas Leneas componiendo tal comedia en la que decreta la muerte de la poesía trágica, pues ya no había, según el comediógrafo, buenos poetas que representaran los mitos griegos; los que había eran inferiores, hacían malas copias o no tenían la suficiente potencia poética para mover los ánimos del público. Es por ello que Dioniso, el dios que presidía las representaciones teatrales, viajó al inframundo para traer de allá a Eurípides. Luego de varias peripecias que guardan relación con elementos de las religiones místicas y soteriológicas de la antigua Grecia, finalmente Dioniso retornó a Esquilo a la vida,

después de que éste ganara en un juicio sobre el arte de la tragedia a Eurípides.

Entre otros elementos de juicio que hay que valorar de lo expuesto en tal comedia está el que la poesía debe ser útil, y su utilidad radica en hacer buenos ciudadanos, de modo que para los griegos de la época clásica, al menos como lo consigna Aristófanes, la poesía tenía un fin práctico en razón de que había en ella una formación que tocaba a la política, a la ética y a la estética:

ESQUILO.- Respóndeme: ¿por qué motivo es necesario admirar a un hombre que sea poeta?

EURÍPIDES.- Porque es hábil y buen consejero, y porque nosotros hacemos mejores a los hombres en relación con la *polis*.¹

El texto poético, por lo tanto, era apreciado como un discurso al que acudía una serie de cualidades que incidían en la acción del *polítes*, el ciudadano, en ámbitos diversos y no sólo en la práctica política. Así pues, el mero hecho de establecer una serie de parámetros con los cuales se comprendía y se valoraba a la poesía, y con ello se apuntaba a los tres poetas ya señalados, es indicio claro de cómo se constituyó el primer canon de la literatura occidental y en función de qué.

Unos siglos más tarde, en su tratado *Sobre la educación de los hijos*, Plutarco articula los elementos que, a su juicio, definen la virtud del individuo, en tanto representación de su educación:

[...] de lo que se dice acerca de las artes y de las ciencias, lo mismo se debe decir también de la virtud: para llevar a cabo una actuación justa por entero es necesario que cooperen tres cosas: naturaleza, razón y costumbre. Llamo razón a la instrucción, y costumbre a la práctica.

1 Ar., Ra. 1008-1010: Αἰσχύλῳ.- ἀπόκριναί μοι, τίνδ' οὐνεκα χρὴ θαυμάζειν ἄνδρα ποιητὴν / Εὐριπίδῃ.- δεξιότητῳ καὶ νοουθεσίᾳ, ὅτι βελτίου τε ποιούμεν / τοῦ ἀνθρώπου ἐν ταῖς πόλεσιν.

Los principios son de la naturaleza, los progresos de la instrucción, los ejercicios de la práctica y la perfección es el conjunto de todas ellas.²

De acuerdo con el pensamiento griego, la educación es el camino hacia la virtud, pero para arribar a ella se plantea la integración de naturaleza, razón y costumbre, que, a su vez, implican procesos particulares. Su reunión armónica es lo que Plutarco denomina la perfección (ἀκρότητῆ) es decir, la excelencia o lo más elevado en cuanto *paideia*. Y como se puede apreciar, tanto Aristófanes como Plutarco refieren como *virtud* la educación del sujeto, y para ello es preciso la *paideia* de la poesía (la literatura para nosotros). De ahí que se centra en este punto, el de la literatura y su formulación como base de la educación.

Ahora bien, no obstante que la teoría literaria adoptó el término *canon* del campo religioso, el contenido semántico es prácticamente idéntico en virtud de que se trata de establecer una serie de reglas o de virtudes que hacen del texto en cuestión un paradigma. Sin embargo, el préstamo semántico aludido, en el caso específico de la literatura, adquirió su propia definición en el origen del concepto de lo *clásico*.

Sin embargo, hay que aclarar que *clásico* es un término que ha perdido su sentido original al aplicarse a toda clase de palabras, de ideas o de conceptos para enaltecer o evidenciar sus posibles cualidades, pero de un modo equivocado la mayoría de las veces y, en ocasiones, perverso, en un rango que va de los objetos de consumo (*adquiera un auto clásico*) hasta el libro apenas ayer publicado que ya se anuncia como un *clásico de nuestros días*, pasando por la extrema relatividad con la que se aborda el conocimiento los valores del ideal grecolatino. Más alarmante es el hecho de que, dejando de lado de los mensajes cotidianos y saturantes de los medios de comunicación masiva, en el ámbito académico con mayor frecuen-

2 Plut., *De lib.* 4 A: καθόλου μὲν εἰπεῖν, ὃ κατὰ τῶν τεχνῶν καὶ τῶν ἐπιστημῶν λέγειν εἰώθαμεν, ταῦτ' οὐ κατὰ τῆ ἀρετῆ φατέον ἐστίν, ὧ εἴ τὴν παντελῆ δικαιοπραγίαν τρία δεῖ συνδραμεῖν, φύσιν καὶ λόγον καὶ ἔθ' οἷον. καλῶ δὲ λόγον μὲν τὴν μάθησιν, ἔθ' οἷον δὲ τὴν ἀσκησιν. εἰσὶ δ' αἱ μὲν ἀρχαὶ τῆ φύσεω, αἱ δὲ προκοπαὶ τῆ μαθήσεω, αἱ δὲ χρήσεῖ τῆ μελέτῃ, αἱ δ' ἀκρότητ' πάντων.

cia se escuchan expresiones que suponen un desconocimiento de lo clásico, de la tradición clásica y de sus inherentes implicaciones y derivaciones culturales para Occidente, al grado de descalificar las aportaciones de Grecia y Roma por ser antiguas, esto es, por ser caducas en un mundo acelerado y, muchas veces, carente de sentido. La rapidez con la que se obtiene un amplio menú de información por diversos medios provoca cierta desubicación del sujeto, pues éste no acaba de asimilar lo inmediato, menos lo trascendente, cuando ya se ve en otro momento y espacio del conocimiento.

La tradición del conocimiento demuestra que volver una y otra vez a los clásicos resulta trascendental, porque si se atendiera en cierta medida lo que significan los orígenes de aquello que por ignorancia se desacredita, se comprendería mejor el ritmo de nuestros tiempos, y muy probablemente se evitarían tropiezos y repetidas caídas. El giro incesante prueba, de modo simple, que Occidente no puede renunciar a su origen, por mucho que se traicione o se ignore la sustancia de la cual se ha nutrido

La definición de lo clásico tuvo su punto de partida en el mundo antiguo: con ello también se puede marcar el origen de la noción evidente de lo que hoy se denomina tradición clásica, esto es, el *continuum* del pensamiento grecolatino en Occidente. En efecto, en el escritor romano Aulo Gelio (s. II d. C.), se encuentra el contenido metafórico del adjetivo *classicus*, que originalmente se refiere a la *primera clase de los ciudadanos*, en oposición a los *proletarii* o, según Vives, a los *capite censi*, es decir, a los ínfimos. Para referirse a la categoría de los escritores, Gelio señaló: “Ahora márchate, pues, y cuando tengas tiempo, busca si *quadriga* o *harenae* se encuentran en algún poeta u orador no proletario, sino que ocupe puesto en las filas de la cohorte antigua”,³ esto es, que un escritor que se halle en el primer puesto utilice, como no es de esperarse, el

3 A. G., XIX 8,15: *Ite ergo nunc et, quando forte erit otium, quaerite, an “quadrigam” et “harenas” dixerit e coborte illa dumtaxat antiquiore uel oratorum aliquis uel poetarum, id est classicus adsiduusque aliquis scriptor, non proletarius*. Para la especificidad de *classicus* en el contexto referido, cfr. W. Jaeger, *Das Problem des Klassischen un die Antike*, Stuttgart, B. G. Teubner, 1961, pp. 1-14.

singular de *quadrigae* o el plural de *barena*. El escritor de primera clase no cometería el error de escribir el singular de un término que sólo se usa en plural, y viceversa.

En la Constitución de Servio Tulio se observa la división de la ciudadanía en cinco clases;⁴ la primera es la de los *classici*, aquellos que detentan el poder económico más elevado; mientras que los *proletarii* no merecen una mención. Del ámbito socioeconómico, el sentido trocó en una definición literaria y filológica para hacer referencia a un *canon* de autores que son considerados como paradigmas de la lengua, por razones que van del aspecto lingüístico al estético. Hay que notar que Gelio menciona explícitamente a oradores y poetas, de ahí que se infiera que la retórica ha asumido ya en ese momento el papel didáctico que originalmente se concedía sólo a la poesía desde los tiempos de Homero.⁵ Con el correr del tiempo, *poetica* y *rhetorica* se conjuntaron, y esto dio paso a la literatura en su aspecto teórico e interpretativo en estricto sentido.

Así pues, de acuerdo con Gelio, un autor clásico es aquel que ocupa la primera fila, porque este autor latino “revela que el concepto de *escritor modelo* estaba subordinado en la Antigüedad al criterio gramatical de la corrección lingüística.”⁶ El texto clásico es, entonces, aquel que resulta paradigma de la buena escritura, ausente de errores, del cual se aprende a escribir, debido al lineamiento primordial de la corrección de la lengua. De esta premisa fundamental nacería, en gran medida, la idea de *canon*, esto es, el conjunto de escritores que trascienden y son usados para educar, porque se trata de *una constatación histórica e institucional*, más

4 Servio Tulio, sexto rey de Roma (s. VI a. C.) pudo haberse servido para la elaboración de su Constitución de la *politeia* de Solón (c. 638-558 a. C.), uno de los siete sabios de la antigua Grecia, y quien redactó una serie de leyes para la *polis* de Atenas; éstas son un claro antecedente de la democracia ateniense de los siglos V y IV a. C.

5 Cfr. Uría Varela, Javier. “*Classicus adsiduusque scriptor* (Gell. XIX 8.15)”, en *Estudios Clásicos* 40, 1998, p. 54.

6 E. R. Curtius, *Literatura europea y Edad media*, México, FCE, 1955 (1948), p. 353.

que de “una pretenciosa antología personal.”⁷ Como puede observarse, se está frente a una serie de definiciones que apuntan a una selección específica, que necesariamente desemboca en la elite de las letras y, por extensión, de la cultura, en su sentido metafórico intelectual, no en el antropológico. T. S. Eliot apuntó en sus *Notas para una definición de la cultura* que una élite es la que detenta la alta cultura y procura su preservación a fin de que sus cualidades tengan una cierta permanencia,⁸ lo cual conduce, nuevamente, al espacio de lo *clásico* en tanto que conjunto selecto o grupo específico de la cultura que se concreta a partir del canon literario. De otro modo: la vigencia de los textos clásicos no depende del azar o de los programas ideológicos en boga; en todo caso, como señaló Borges,

[...] clásico no es un libro (lo repito) que necesariamente posee tales o cuales méritos; es un libro que las diversas generaciones de los hombres, urgentes por diversas razones, leen con previo fervor y con misteriosa lealtad.⁹

En las palabras de Borges hay dos condiciones que apuntan a la constatación del libro considerado como clásico: el tiempo y el contenido, característica esta última que se colige de la lectura necesaria y recurrente. Al aspecto de la corrección lingüística indicada por Aulo Gelio, se suman estas dos condiciones, de suerte que también cada época lee, añade y condensa la esencia de lo que deviene en clásico:

7 Claudio Guillén, *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la Literatura Comparada (Ayer y hoy)*, Barcelona, Tusquets, 2005, p. 62. Cfr. Lasso de la Vega, José S. “Sobre lo clásico”, *Cuadernos de Filología Clásica* 1 (1971), p. 14.

8 Eliot, T. S. *Notes Towards the Definition of Culture*, p. 107. Vargas Llosa, Mario. *La civilización del espectáculo*, México, Alfaguara, 2012, p. 15: “La ingenua idea de que, a través de la educación se puede transmitir la cultura a la totalidad de la sociedad, está destruyendo la <<alta cultura>>, pues la única manera de conseguir esa democratización es empobreciéndola, volviéndola cada día más superficial.”

9 Luis Borges, Jorge Luis. “Sobre los clásicos”, en *Nueva antología personal*, Barcelona, Bruquera, 1980, p. 282.

Clásico es aquel libro que una nación o un grupo de naciones o el largo tiempo han decidido leer como si en sus páginas todo fuera deliberado, fatal, profundo como el cosmos y capaz de interpretaciones sin término.¹⁰

Estas observaciones del escritor argentino responden a una visión amplia e intelectualista del valor que un libro adquiere con el ejercicio puntual de la lectura. Sin embargo, ya hacia 1800, junto con el cada vez más claro concepto de literatura, se acotó como *clásico* al contexto de la antigüedad griega y latina. Ya no sólo se trataba de autores que en lo individual se consideraban *classici*, sino que, por su determinante influencia y apreciación, las culturas griega y latina por completo se definieron y se comprendieron como clásicas. De este modo, la modernidad afianzó el criterio para definir el canon literario occidental (lo que se *debe* leer) a partir del modelo grecolatino. Y como consecuencia de lo anterior, se empezó a hablar de listas de autores con sus obras y con peculiaridades que hasta nuestros días siguen siendo discutibles.

Sin embargo, el paradigma del canon formulado por la tradición clásica se haya en tela de juicio a causa de los cambios operados de manera vertiginosa y muchas veces sin un asidero. Los formas *novedosas* en las que la información de cualquier especie se produce y se transmite, pretende excluir las más de las veces, por desconocimiento o por desdén, la herencia de la tradición clásica. La evidencia de lo anterior se halla en el término mismo que busca definir esa transición o ruptura cultural: la falta de un acuerdo en la enunciación de lo que es la posmodernidad, así como el momento histórico en la que este supuesto período aparece, son argumentos claros de la vaguedad de quienes hablan de ella como un nuevo modo de entender la cultura, término este último también

10 Jorge Luis Borges, *op. cit.*, pp. 280-281. En este mismo tenor se ha expresado Italo Calvino, *Por qué leer a los clásicos*, México, Tusquets, 1993 (1992), p. 14: “Los clásicos son libros que ejercen una influencia particular ya sea cuando se imponen por inolvidables, ya sea cuando se esconden en los pliegues de la memoria mimetizándose con el inconsciente colectivo o individual.” Las cursivas son del autor.

carente de su sentido original. A este respecto cabe preguntarse: de quién o de qué depende la redacción del acta que, al momento que sepulta, da vida a otras etapas culturales. Lo cierto es que en el tiempo de la hiper-cultura, la conciencia del individualismo ofrece uno de sus carices más acabados en la determinación absoluta de los procesos culturales, los cuales, precisamente por su origen mediatizante, se agotan en sí mismos, sin buscar ni pretender la trascendencia. Es como escribir y como leer sin que en tales actividades tengan sentido en la definición misma del sujeto:

El opuesto pertinente a modernidad no es [...] la postmodernidad, sino la *edad clásica*, que trasmite [...] un *status* de tiempo, un criterio de lo temporal según el cual lo por venir y lo que ha ido, el futuro y el pasado, serían tratados como si en ambos casos se consumara, en efecto, la secuencia total de vida y significado.¹¹

El actual carácter mediatizante de la cultura es, entre otros, uno de los obstáculos para el discernimiento de lo clásico como raíz del pensamiento occidental. Se pierde de vista que la tecnología es un medio y no el fin. La máquina ocupa actualmente el lugar privilegiado del conocimiento al grado de desplazar al mismo ser humano, hecho que se agudiza cada vez más. El ruido que caracteriza a las sociedades actuales es un síntoma inequívoco de una realidad mediática que toma por asalto al sujeto haciendo de él una suerte de autómata: paradójicamente el sujeto se torna la criatura del Dr. Frankenstein, el creador es modelado por lo que él hizo en el origen, pero sin otorgarle la chispa de la rebeldía, es decir, el ser humano en un espacio mimético del contexto virtual de la tecnología contemporánea. Por una parte, se enuncia que gracias a los medios electrónicos que facilitan la comunicación, la circulación rápida y masiva de ésta, el conocimiento se democratiza, deja de pertenecer a una élite, pues todos pueden participar de ella, e incluso modificarla. Es lo que sucede con páginas de Internet en las

11 Jean-François Lyotard, "Reescribir la modernidad", en *Revista de Occidente* 66, 1986, p. 24.

que se redistribuye el conocimiento como *wikipedia* o *el rincón del vago*. Por otro lado, sin embargo, se observa que este proceso no asegura que en realidad el conocimiento sea un hecho concreto en la sociedad, todo lo contrario en muchos casos, pues la rapidez con la que se busca y se encuentra la información no es equivalente al cultivo del sujeto receptor.

Lejos de universalizar el vínculo político y el vínculo social, como pretenden sus teóricos ingenuos o interesados, el uso masivo de las tecnologías de la comunicación por parte de los ignorantes no se contenta con abolir la conversación civil y la correspondencia, los dos puntales de las letras clásicas.¹²

¿Cómo armonizar, sin embargo, la tradición con el galope técnico, y todo lo que ello conlleva, que distingue Si bien es cierto que el señalamiento de Marc Fumaroli es acertado, también lo es que la tecnología tiene que reconocer que desde el ámbito de la imaginación, de la ficción del mito y de los tópicos literarios se ha nutrido, y que los resultados objetivos de ella son motivo de reflexión desde la antigüedad griega. Del papiro al libro digital hay un abismo sólo en cuanto a la materialidad del escrito y de su lectura, pues es claro que el modo de creación y de recepción presenta diferencias a partir del medio, del instrumento que hay entre escritor y lector. A la pregunta sobre la desaparición del libro según se conoce en la *Galaxia Gutenberg*, el semiólogo italiano Umberto Eco respondió que

Con internet hemos vuelto a la era alfabética. Si alguna vez pensamos que habíamos entrado en la civilización de las imágenes, pues bien, el ordenador nos ha vuelto a introducir en la Galaxia Gutenberg y todos se ven de nuevo obligados a leer. Para leer es necesario un soporte. Este soporte no puede ser únicamente el ordenador. ¡Pasémo-

12 Marc Fumaroli, *La educación de la libertad*, Barcelona, Arcadia, 2008 (2007), p. 25.

nos dos horas leyendo una novela en el ordenador y nuestros ojos se convertirán en dos pelotas de tenis!¹³

Si bien la materialidad del texto es importante, la escritura y su concreción en la lectura lo son aun más. Sin estos dos procesos, el libro simplemente no tendría razón de ser. Dejando de lado este aspecto de los materiales y volviendo al *quid* de la tradición clásica, se puede observar que en los medios de comunicación masiva se puede hallar un espacio para reflexionar la pervivencia de los clásicos. He ahí una veta que explorar en el ámbito de la tradición clásica y su presencia en lo que Fumaroli denomina *revolución cultural y comunicacional*, pues es tarea del clasicista atender esas expresiones de la cultura *posmoderna* para poder incidir desde una perspectiva suficientemente afianzada en el conocimiento de lo clásico. Aun los programas televisivos que se pueden mirar desde la perspectiva aquí indicada, conservan un rastro de lo clásico en espera de un observador atento que complete la parte simbólica y, de este modo, permita comprender la pervivencia de lo clásico en la relectura posmoderna.

Un ejemplo de esto último es la figura del héroe que se aprecia en los *mass media*: nuestro tiempo ha sido una época de miseria humana, de crisis, de situaciones límite que rebasan las fronteras del asombro y se convierten en pan de todos los días, y es en este caldo de cultivo donde se re-crea la figura del héroe. Si bien es cierto que la técnica ha servido para llevar una vida más cómoda en muchos aspectos, también lo es que, al final, parece que la factura resultará infinitamente onerosa, pues la destrucción es más notable que la arquitectura sólida de un verdadero humanismo. El hombre es y será cada vez más capaz de cometer las peores barbaridades en nombre de tal o cual ideología que luego muere o ya no da más de sí. Así pues, ¿dónde está el héroe que ejecute el drama de la salvación?, ¿de que han servido los modelos heroicos, maestros del destino, titanes que guardan al hombre, si al final son devorados

13 Umberto Eco y Jean-Claude Carrière, *Nadie acabará con los libros*, México, Lumen, 2010, p. 20.

por sus mismos creadores? El héroe ya no es Aquiles, Dante, algún Quijote, Fausto, Frankenstein, Samsa, Batman..., ahora es la máquina a quien se le confía imaginariamente las necesidades y soluciones del héroe. Incluso ya no para el presente, sino para el futuro. Pero la máquina-héroe destruye: la Hal 9000 se convirtió en una computadora sensible, irritable y poco apta para soportar la crítica; los *Terminators* vuelven al pasado para tratar de salvar el futuro, el presente no importa, es decir, el hombre ya no tiene sentido. Al ya no haber qué salvaguardar, el héroe ha perdido su esencia. Es en la dinámica de la cultura donde el hombre del presente debe recuperar el humanismo heroico, sólo así se podrá seguir construyendo la fortaleza del hombre y no depender de músculos de silicón, de *chips* irritables, ni de átomos frenéticos, sólo así se podrá aspirar heroicamente, como dice Buzz Light Year, "to infinity... and beyond".¹⁴

El infante, a quien están dirigidos en principio los *comics* como los indicados, no se acercará a la lectura de los clásicos grecolatinos para conformar las cualidades físicas, estéticas y epistemológicas del héroe, porque las condiciones educativas no estas dispuestas para ello. De hecho, no se hace esta operación ni con los modelos heroicos actuales de los *mass media*. Si en algún momento aquél tiene el contacto directo con los autores clásicos, *strictu sensu*, puede ser que el contenido del mito sea interpretado a través de un puente que conecta lo antiguo con lo moderno, y se comprenda, entonces, el *continuum* de la tradición clásica. De modo inverso, quien conoce *lo clásico* puede ejercer con un criterio sólido un juicio sobre los motivos de la recreación *hic et nunc*.

Ahora bien, como la mayoría de los movimientos de vanguardia, la posmodernidad asume la originalidad como bandera a través de la cual se crea y se interpreta la cultura. Dicha originalidad se presenta como signo inequívoco del progreso; lo contrario, es una repetición sin sentido, según la perspectiva de tal posmodernidad. ¿Será acaso que *posmodernidad* define una vanguardia más o fue quizá la suma de ellas? Dicha originalidad parte de los cambios en

14 *Toy story*, perf. John Lasseter, USA, 1995.

extremo rápidos y en la apuesta a los avances materiales de la ciencia que hacen de la vida del ser humano más amable en apariencia, pero al mismo tiempo se opera en ella una deshumanización. El proceso que define la mirada y la pretensión de crear la cultura se sintetiza en el afán de la reescritura, pues se busca una renovación de sus componentes, cuando en realidad se llenan huecos o se parcha lo que había quedado pendiente. Hay que acotar, sin embargo, que la reescritura no significa *reciclaje*, término también muy de moda y parte de un actuar políticamente correcto, pues se parte del supuesto de que todo, desde un bote de aluminio hasta Homero, es objeto de reciclamiento:

La postmodernidad no es una época nueva, es la reescritura de ciertas características que la modernidad había querido o pretendido alcanzar, particularmente al fundar su legitimación en la finalidad de la general emancipación de la humanidad. Pero tal reescritura [...] llevaba ya mucho tiempo activa en la modernidad misma.¹⁵

Así, la época del reciclaje busca reelaborar a partir de buscar en los desechos aquello que es útil. Y si bien tal idea puede funcionar bien para las causas ecológicas, no así para la tradición clásica en Occidente, pues se ha malinterpretado que la lectura de los antiguos es como asistir al tiradero de las oportunidades para solventar una idea que, a causa de su débil origen, no se sostiene. En efecto, la ausencia o la negación de principios lleva a los autollamados posmodernos a desautorizar lo antiguo ofreciendo una serie de pseudo-argumentos, pues al desconocer, por lo general, la historia de la cultura, aquella parte de lo inmediato para intentar comprender el contexto, dando la apariencia de una sabiduría, misma que no tiene sólido sustento, pues al pedirle a ésta el argumento necesario demuestra sólo ignorancia, este sí rasgo posmoderno, de quien no se ocupa de lo que sucedió apenas ayer.

15 Jean-François Lyotard, "Reescribir la modernidad", en *Revista de Occidente* 66, 1986, p. 32.

Lo que caracteriza a la posmodernidad es el no creer en el progreso, aun cuando habla de él como su meta. Y quizá no falta razón en los argumentos y en los hechos que así lo comprueban cotidianamente. Sin embargo, la absoluta negación de los avances técnicos conlleva el endiosamiento de la hiper-individualidad que ahoga todo esfuerzo humanista:

La posmodernidad ha destruido el mito de que las humanidades humanizan. No es cierto lo que creyeron tantos educadores y filósofos optimistas, que una educación liberal, al alcance de todos, garantizaría un futuro de progreso, de paz, de libertad, de igualdad de oportunidades, en las democracias modernas.¹⁶

El humanismo no necesariamente se compra en los libros y tampoco es el canon corrupto de la literatura convertida en mercado. En la posmodernidad, se puede ser *escritor* gracias al *marketing* que convierte a éste en *best-seller*. Las cualidades lingüística y estética pueden estar presentes o no, y la prueba del tiempo es la repetición *ad nauseam* de las supuestas bondades del escritor y su libro. Hoy, un libro que se anuncia como el más vendido no es, a mi juicio, esencialmente la mejor lectura. Lo que importa es colocar el producto como un bien de consumo, incluso necesario.¹⁷

Aparentemente el acto de leer se considera como una cuestión cultural irrecusable, de modo que, de acuerdo con las políticas educativas de las *democracias* como la mexicana, no importa realmente la esencia nacida en la reflexión crítica de la lectura, sino el mero

16 Mario Vargas Llosa, *op. cit.*, p. 20. Comentario al margen: léase este libro del escritor peruano-español como parte de ese mismo espectáculo del que habla, en razón de la mercadotecnia que pide y celebra al Nobel.

17 En este punto, vale la pena anotar las palabras de Oscar Wilde, *apud* Alberto Manguel, *Una historia de la lectura*, México, Almadía, 2011, pp. 497-498: "Decir a la gente lo que debe leer es generalmente inútil o perjudicial, porque la apreciación de la literatura es cuestión de temperamentos y no de enseñanza; no existe ningún manual del aprendiz del Parnaso, y no vale la pena aprender nada que pueda aprenderse. Pero decir a la gente no que no debe leer es cosa muy distinta, y me atrevo a recomendar este tema al plan de extensión universitaria."

hecho de cumplir con un *indicador* que mide y compara el lugar que se ocupa entre las naciones. El consumismo está marcando la pauta de lo que debe aceptarse como cultura. No sólo los productos materiales son objeto de las *furias consumistas*, sino que dicho fenómeno alcanza y se apodera de la literatura, de la pintura, de la música, del arte en general; incluso se habla de un consumo que funciona “como *doping* o animación de la existencia, y a veces paliativo, como (maniobra de) diversión para todo lo que funciona en nuestra vida.”¹⁸

El acudir a lo clásico, a sus componentes, para fines de lucro o de lucimiento intelectual e ideológico es parte del consumismo cultural. Un ejemplo a propósito: al hablar del mundo griego antiguo para contrastarlo con los rasgos de la *civilización del espectáculo* de nuestros días, Mario Vargas Llosa, menciona entre éstos la masificación y la frivolidad, y para corroborar, afirma:

Ahora los deportes han adquirido una importancia que en el pasado sólo tuvieron en la antigua Grecia. Para Platón, Sócrates, Aristóteles y demás frecuentadores de la Academia, el cultivo del cuerpo era simultáneo y complementario del espíritu, pues creían que ambos se enriquecían mutuamente. La diferencia con nuestra época es que ahora, por lo general, la práctica de los deportes se hace a expensas y en lugar del trabajo intelectual.¹⁹

Si bien esta comparación, como otras en el mismo tenor, son acertadas, en lo general, el problema de lectura es la información que presenta: cierto es que ya en la poesía homérica se halla la idea de que el sujeto ejercitaba su cuerpo y su entendimiento para lograr una completitud, lo que con el tiempo se apreciaría como el equilibrio entre cuerpo y raciocinio, *kalos kai agathós*: la armonía del sujeto que se cultiva física e intelectualmente;²⁰ y cierto es

18 Gilles Lipovetsky, *Metamorfosis de la cultura liberal. Ética, medios de comunicación, empresa*, Barcelona, Anagrama, 2003 (2002), p. 29.

19 Mario Vargas Llosa, *op. cit.*, pp. 39-40.

20 *Cfr.* Werner Jaeger, *Paideia: los ideales de la cultura griega*, México, FCE, 2007, *passim*.

también que este ideal ya no es vigente tal cual en la comprensión de la cultura como integridad del sujeto. Hasta aquí todo en orden. Ahora bien, *Sócrates no frecuentó la Academia* y de ninguna manera, como se puede inferir de lo dicho por Vargas Llosa, fue alumno de Platón, sino al revés. Este filósofo fundó la Academia en 388, una década después de la muerte de su maestro, Sócrates, que murió en 399 a. C. defendiendo sus propias ideas. Así pues, hay un error en la información presentada de un escritor de quien se puede presumir cierta autoridad intelectual en razón de que su Premio Nobel de Literatura lo avala. Pero un lector despistado puede tomar lo dicho por él como algo cierto, lo que derivaría en un desaguizado en la historia de la filosofía. Si no se cree así, pregúntese a los filósofos.

Como puede verse, no sólo es necesario el acudir a la tradición clásica para desarrollar o presentar una determinada idea, sino que la lectura de ellos debe realizarse con cierta seriedad, sobre todo si se es Premio Nobel de Literatura. Vale la pena recalcar, en este sentido, que desde Quintiliano hasta el día de hoy la educación observa como elemento indispensable la lectura y el estudio de los clásicos. Y si bien hay en el discurso de la política educativa acuerdo en esto, también lo es que a lo largo del siglo pasado en las escuelas se inició un fenómeno de marginación de los autores que durante siglos formaron el espíritu, nutrieron la imaginación y pulieron la sensibilidad. A los clásicos se les lee y se les mira cada vez más como objetos de museo. Incluso esto sucede en las universidades en las que se estudia y se otorga un título que ampara el conocimiento de las lenguas y los autores de la antigüedad clásica: la formación humanística (el *agathós* sin el *kalós*, si bien marcha el asunto) dista de ser un ideal y, menos aun, un hecho concreto. Tal vez esto sea la causa por la que la posmodernidad con mayor razón no mira la vitalidad, la pervivencia de los clásicos, incluso en la vida cotidiana. Marc Fumaroli cuestiona a este respecto:

[...] ¿habrá que creer que hemos descubierto, de repente, bajo los conceptos de “cultura y comunicación”, una panacea para sustituir la

educación de la juventud a través de los clásicos, convertidos de golpe en obsoletos por nuestras democracias comerciales?²¹

Desde este punto de vista crítico, hay que entender que las democracias comerciales son aquellos estados que se rigen como empresas privadas, donde importa tecnificar para contar con mano de obra dirigida a la maquila, y no educar a la población, donde se coloca como finalidad de la comprensión de la cultura el mero acto comunicativo, dejando de lado toda la significación de la tradición clásica y, al mismo tiempo, acudiendo a ella por conveniencia en tanto simple argumento de autoridad.²² En el modelo educativo que priva ahora, el proceso de leer es una habilidad subsidiaria del conocimiento y no su base primordial, pues importa aleccionar para producir, no educar para el ejercicio crítico en la creación del conocimiento. Así, sólo desde la utopía o desde la ingenuidad se puede creer que la idea de democracia es una herencia de la antigüedad griega. El periodo clásico por excelencia, los siglos V y IV en la Atenas de Pericles, de los sofistas, de Sócrates, del teatro, de la medicina, entre otro muchos campos del conocimiento, dio a la humanidad grandes aportaciones porque había un ingrediente que robusteció y amalgamó el contexto: la democracia, el sistema político que sustentó la reflexión ciudadana, lo cual tuvo auge gracias a la retórica que, como escribió Paola Vianello, fue “la práctica social de hablar en público” lo que “permitió el desarrollo organizado de la vida comunitaria y caracterizó el sistema participativo de la democracia directa en Atenas.”²³

21 Marc Fumaroli, *op. cit.*, p. 7.

22 Heinz Dieterich Steffan, “Globalización, educación y democracia en América Latina”, en Noam Chomsky y Heinz Dieterich Steffan, *La sociedad global. Educación, mercado y democracia*, México, Joaquín Mortiz, 2004 (1995), p. 89: “La educación tiene importancia como vehículo de movilidad social individual o grupal en América Latina, pero no es una variable clave del desarrollo colectivo de la nación y su salida del subdesarrollo. En las actuales condiciones del subcontinente son de mayor importancia factores ya mencionados como: la carga de la deuda externa e interna; la capacidad el ahorro interno; el grado de desarrollo de la tecnología productiva; la distribución del ingreso; la eficiencia o grado de corrupción de la burocracia estatal...”.

23 Paola Vianello, *Oratoria griega y oradores áticos del primer periodo*, México, UNAM, 1986, p. 12.

Lo anterior fue posible porque la democracia estaba sustentada en la *isegoría*, la *isonomía* y la *parrhesia*, bases ausentes o muy disfrazadas en las democracias modernas. Los nuevos postulados de la *democracia* son los que dictan los medios de comunicación masiva. La rapidez, el manejo de los contenidos y la falta de una regulación judicial para aquéllos, al menos en países como México, demuestra que quien vive en medio de una saturación mediática es incapaz de perfilar la operación entre el signo y el significado. Las metáforas políticas, en general ideológicas, que se explotan para poner en la mente de los receptores a mediano plazo para guiarlos hacia una determinada postura social se sirven de tales recursos. El ágora es ahora la pantalla, ya no hay *hoi bouloménoi*, ciudadanos que quieran tomar la palabra, porque las bocinas de todos los aparatos existentes y por existir hablan y hablarán por ellos undireccionalmente. En el pasaje de *Las Suplicantes* de Eurípides (vv. 438-441), se observa que era el *polítes* (el ciudadano) quien podía expresarse en la Asamblea si tenía algo útil que decir para el pueblo: la libertad radicaba precisamente en hablar o en quedarse callado. Así, el ejercicio retórico en la democracia ateniense equilibraba las desigualdades sociales y económicas. Cuando el *ho boulómenos* tomaba la palabra era para exponer consejos provechosos para la *polis*, de modo que aquello que fuera perjudicial se podía convertir en un juicio político, en una rendición de cuentas. Del pasaje de Eurípides se puede deducir, por un lado, que la retórica deliberativa fue una reflexión práctica sobre el bien común de la *polis*; esto último relaciona a la política con la destreza de la palabra de modo directo; y, por otra parte, que la retórica fue un instrumento por el cual la libertad era factible. Tales circunstancias se pueden cotejar con las palabras que Platón puso en boca de Protágoras, en el diálogo homónimo (322e-332a), en el que éste afirma que “cuando el tema de conversación afecta al saber político [...] se escucha a todos, ya que se piensa que todos deben tener esa virtud; pues de lo contrario no habría *póleis*.” En este pasaje se aprecia un indicio de la retórica, pues es el acto de hablar sobre algo común lo que mueve a una determinada acción, dado que de no generarse este doble proceso -hablar y escuchar-

teniendo de por medio un tema atinente a la *polis*, simplemente no existiría la sociedad.

Para la tradición griega y romana, la retórica era base de la educación del ciudadano porque el edificio del pensamiento parte de la palabra simple y llana a la argumentación: el conocer y apropiarse del lenguaje es parte de la formación intelectual del individuo, en virtud de que lo que dice es reflejo del modo en que piensa en sentido formal y material. Para Plutarco, el individuo que llegaba a la edad viril demostraba que era capaz en el arte de hablar porque se había ejercitado según la retórica y las artes que se pueden llamar liberales.²⁴ En las autoproclamadas democracias modernas, en cambio, la vinculación entre retórica y política es muy distinta. Para ejemplificar atiéndase a Noam Chomsky quien escribió que un sistema ideológico se construye:

[...] para asegurar que la población se mantenga pasiva, ignorante y apática, y que ninguno de estos asuntos sea atendido por las clases educadas, por aquellas que se pronuncian y son políticamente activas en Estados Unidos e incluso en el mundo en general. Recuérdese que, en el sentido operativo del término *democracia*, estos elementos minoritarios está llamados a dominar el *proceso democrático* -el sistema político, los medios de comunicación, el sistema educativo-, como de hecho lo hacen, sirviendo los intereses de los dueños y gerentes de la sociedad estadounidense u de los grupos privilegiados en general. Una amenaza a este sistema de dominación de las élites es una amenaza a la *democracia*.²⁵

Paradójicamente es la multiplicidad de formas e instrumentos que permiten la expresión del sujeto en las actuales sociedades democráticas, lo que impide la reflexión y una participación efectiva; y son también los medios quienes, al producir el discurso, dan a conocer la mayoría de las veces de manera unilateral la ideología de sus propietarios económicos y políticos; tamizan la información

24 *De lib.*, 9 D-F.

25 Noam Chomsky, *Sobre el poder y la ideología*, Madrid, Visor, 1988, pp. 17-18.

y crean las condiciones para elaborar el contexto persuasivo necesario para imponer una determinada visión. Si esto es así, se puede decir que este panorama perverso, una y otra vez denunciado, debe ser objeto de reflexión y de posible solución desde la mirada de los clásicos.

Si las capacidades de hablar, de proponer y de argumentar están siendo copadas por los medios de comunicación, no se puede hablar de democracia, sino de un sistema en el que éstos determinan las pautas del modo en que se desenvuelve la cultura. Quizá lo más evidente al respecto sea el carácter efímero de todo aquello que se puede colocar bajo la idea de lo posmoderno. Todo parece suceder de modo instantáneo y no permanece. Todo se reduce a la apariencia. Como los lotófagos de la *Odisea* quienes carecían del recuerdo, de la memoria misma a causa de comer la flor blanca que les da su nombre,²⁶ análogamente los posmodernos devorarán imágenes y tienen un ruido de fondo incesante que no deja espacio para la reflexión y, menos aún, para la retentiva:

La marginalización de los clásicos en la educación explica la reducción de las capacidades de la memoria y atención, pero es, sobre todo, la consecuencia del triunfo de una antieducación muy precoz y general: la impregnación, desde la tierna infancia, de las imágenes pobres y ruidosas del zapping televisivo. La pantalla de televisión es la nueva niñera, la providencia de hogares divididos, o de padres ocupados lejos del hogar.²⁷

Si el individuo renuncia a su memoria, no podrá, entonces, ejercer el derecho primordial que da la razón, lo que lo distingue frente al resto de los animales: el nombrar, el dar un nombre a las cosas y, de ese modo apropiarse del universo. Si se permite que la panta-

26 Hom., *Od.* IX, 82-104.

27 Marc Fumaroli, *op. cit.*, p. 8. Hablamos aquí del ruido de fondo que trastorna y que no permite la apreciación de la misma vida. De manera positiva, Calvino indica que *es clásico lo que persiste como ruido de fondo, incluso allí donde la actualidad más incompatible se impone*. Italo Calvino, *Por qué leer a los clásicos*, México, Tusquets, 1993 (1992), p. 19. Las cursivas son del autor citado.

lla piense por uno, entonces no es posible crear nada o, al menos, continuar con la tradición del conocimiento, pues el ser humano lo es en la medida en que el lenguaje que posee le permite reflexionar y escapar de la desmemoria que acosó a Odiseo junto con su tripulación. El cuento de Homero es más que mera fantasía poética, pues, a mi juicio, se trata de una reflexión inmersa en imágenes poéticas que refiere lo que sería un espacio sin memoria, un lugar que simplemente no existiría porque no podría ser nombrado. Y si bien Odiseo sólo poseía la retentiva para captar el retrato de aquel mundo con sus peculiares características, el ser humano inventó la escritura para apoyar aquello que la memoria no alcanza a cubrir. La escritura es hija de la memoria, y la lectura es la acción que activa todo conocimiento y reflexión sobre el sujeto y su universo:

La tarea de nombrar pertenece a todo lector. Otros que no leen deben[,] nombrar su experiencia lo mejor que pueden, construyendo fuentes verbales, por así decirlo, al imaginar sus propios libros. En nuestras sociedades bibliocentristas, el oficio de leer marca nuestra entrada a las costumbres de la tribu, con sus códigos y exigencias particulares, al permitirnos compartir la fuente común de palabras registradas; pero sería un error pensar que la lectura es una actividad meramente receptiva.²⁸

A lo anterior contribuyen, por desgracia, las pedagogías posmodernas que, en general, condenan el arte de la memoria por considerarlo un proceso de aprendizaje anticuado y poco funcional, pues quieren entender la memorización como el acto mecánico de repetir lo aprendido sin ningún ejercicio o contenido racional. Con ello, teorías como el constructivismo echan por la borda las reflexiones de Aristóteles (en la *Retórica*), de Ps.Longino (*De lo sublime*), de Plutarco (*De como los jóvenes deben leer poesía*) y de Quintiliano (*Institución oratoria*), por mencionar sólo algunos hitos de la antigüedad a este respecto. Qué habrían hecho los homéridas sin la memoria: no se conocería hoy ni la *Ilíada* ni la *Odisea*.

28 Alberto Manguel, *Lectura sobre las lecturas*, México, Océano, 2011, p. 18.

No existiría la *literatura oral*. Cómo se podría reflexionar sin la ayuda de la memoria.

La posmodernidad ha generado una serie de teorías para la comprensión, la interpretación y el análisis de la literatura, proceso que se ha ampliado a cualquier tipo de texto. Hasta antes del siglo XX, quizá hacia fines del XIX, no se encuentran teorías con nombre específico que se ocupen de las propuestas metodológicas sobre los *clásicos* o sobre la literatura en general, fuera de la filología o de la hermenéutica o, de modo amplio, de la filosofía. El siglo XX ha sido hemorrágico en teorías que estructuran y des-estructuran, que significan y re-significan, que colman y vacían se sentido incesantemente, que se centran en el género de quien escribe y de quien recibe, de lo minoritario que se vende al mayoreo. Quienes han hecho propuestas serias en este contexto, han partido de un conocimiento sobre los clásicos. Detrás de la semiótica que va de Peirce a Eco, pasando por Bajtin y Kristeva, por ejemplo, están hablando hombres sabios que van de Platón y Aristóteles a Guillermo de Okham y de éstos a los modernos.

En general, las escuelas que pueden ser vistas como posmodernas pretenden estar al día en lo que respecta a las modas educativas: estar a la vanguardia pedagógica significa desechar toda la tradición clásica, desde Homero, si aquéllas pensaran en él, hasta lo que ayer ellas mismas sostenían. El constructivismo, para volver a esta *teoría* de la que hay que preocuparse en razón de cómo ha cobrado fuerza en la educación pública, sostiene que el alumno debe edificar su propio conocimiento a partir de un *facilitador*, eufemismo para referirse al profesor, que le ayudará a desarrollar tal tarea. ¿Conocerán los postulantes y seguidores de esta *teoría* la mayéutica de Sócrates, las enseñanzas de los sofistas y la dialéctica de la poesía dramática? Por lo que parece no, pues al menos no se encuentra suficiente referencia a ese mundo antiguo que ya tenía una clara noción de los modos de trazar una *paideia*, teniendo como herramienta principal, si no es que única a la palabra.

Si ya en la misma antigüedad se recomendaba una y otra vez ir a autores consagrados para aprender, la posmodernidad apuesta por el aprendizaje de lo inmediato: en las escuelas ahora se pide a los

alumnos que *adquieran* y desarrollen capacidades comunicativas de la lengua, lo que se traduce en que si son aptos para entender un artículo periodístico es señal inequívoca de que conocen el lenguaje. El enfoque comunicativo de la lengua es reducir al mínimo la comprensión y el uso de la palabra. Y esto se halla presente en los programas del nivel medio superior y superior de la educación pública y privada, sobre todo en esta última cuando toma nota de *enseñar algo de lengua*. Se da un valor supino e inusitado a la barbarie de la lengua de los medios de comunicación masiva, más que a la lectura, si se quiere incluso meramente de deleite, de los escritores que dan identidad cultural a los pueblos:

El régimen cultural-comunicacional en el que nos hemos sumergido comporta *daños colaterales* muy graves a la vez para el ejercicio liberal de la democracia, para la independencia de criterio de sus ciudadanos y para la dignidad de las producciones del espíritu.²⁹

Se corre el riesgo de fundamentar un criterio lingüístico, en particular, y cultural, en general, a partir de la *autoridad* que se atribuyen los medios de comunicación masiva, pues no hay mediación entre el mensaje y el receptor que contenga una reflexión crítica, necesariamente dialéctica: éste fue uno de los pilares de la democracia ateniense y de lo que de ella se creó como pensamiento.

Los grandes clásicos no son, pues, arquetipos remotos, sino personas vivas que nos enriquecen con la grandeza de sus almas, modelos con los cuales en todo momento hemos de tener el valor de confrontarnos, jueces, al igual que la posteridad, de nuestra obra.³⁰

A la enfermedad vanguardista de la didáctica posmoderna, también hay que sumar el carácter mercantilista de las escuelas que ofrecen en su *propuesta educativa*, enseñar valores a los alumnos,

29 Marc Fumaroli, *op. cit.*, p. 9.

30 Manuel Pérez López, "Introducción", en 'Longino', *De lo sublime*, Madrid, Dykinson, 2011, p. 25.

esto es, *educar con valores, fomentar valores en el estudiante, hacer crecer con valores*, etcétera. No se condena el cultivo de los valores; lo perverso es que esta situación del mercado más envilecido que se conozca, vende la idea de que los alumnos *adquieren* valores, es decir, compran la virtud que se enseña como producto de moda. La virtud, en tanto que suma de valores, ¿es *algo* que se aprende?, ¿es *algo* innato en el sujeto?³¹ Y si *algo* subjetivo y trascendental como los valores se enseña, ¿qué justificación hay en que se ofrezca como un bien de consumo? El intercambio de dinero por un bien intelectual y ético se mira y se propaga como un acto común que dignifica al ser humano, lo cual es totalmente un engaño y una situación execrable. Lipovetsky reflexiona, al hablar de las empresas estadounidenses, el lema *ethics is good business*, pues no sólo se vende el producto en sí, sino la ética de quien sustenta la oferta.

En los negocios, la ética no constituye una práctica desinteresada, sino una inversión estratégica y comunicacional al servicio de la imagen de marca y crecimiento de la empresa a medio o largo plazo.³²

En la antigüedad clásica, específicamente en la democracia ateniense (ss. V y IV a. C.), la disputa entre los *filósofos* y los *sofistas* giraba en torno a diversas ideas y métodos, entre estos el carácter educativo que proponían y llevaban a cabo pensadores como Gorgias y Protágoras. La postura platónica ponía en duda el hecho de que fuera posible enseñar cuestiones como la virtud (la ética en nuestros días), sino que, además, se cobrara por ello. En efecto, uno de los principales ataques a los sofistas era el que pusieran un precio a sus enseñanzas. Dejando de lado esta cuestión, lo cierto es que con tal postura la educación dejaba de ser privativa de las clases nobles y los ciudadanos que tenían la capacidad económica para pagar los altos emolumentos de los sofistas podían tener una formación superior, sobre todo retórica, con la accedían también

31 Para el problema de la virtud innata o adquirida, cfr. Pl., *Prot.*, *passim*.

32 Gilles Lipovetsky, *Metamorfosis de la cultura liberal. Ética, medios de comunicación, empresa*, Barcelona, Anagrama, 2003 (2002), p. 71.

La Bibliotecología y la Documentación en el contexto de la...

al poder político. En nuestros días, la educación, en general, es un comercio y se cotiza más alto en cuanto que se anuncia como la solución a todos los problemas y como un medio para hacer buenos ciudadanos. Muchas veces la realidad es otra, pero eso es ya otro problema. Lo cierto es que la lectura, con el canon o sin él, resulta imprescindible para que el ser humano pueda llegar a conocerse así mismo y, de este modo, descubrirse en los demás.